


Vázquez García, Francisco (2025). *Tras la autoestima. Variaciones sobre el yo expresivo en la modernidad tardía.* Madrid, Dado Ediciones, 2025, 336 pp.

Jesús González Fisac
Universidad de Cádiz 

<https://dx.doi.org/10.5209/asem.108061>

Tras la autoestima, publicado por primera vez en 2005, es un oportuno estudio que hace un mapeado, desde distintas disciplinas, del régimen de subjetividad que se impone en nuestros días. Su actualidad sin embargo no cede en modo alguno, por la persistencia de tal régimen y por la necesidad, siempre insatisfecha, de pensarlo tanto como de enfrentarlo. El texto no sólo se presenta como el producto de un trabajo analítico y de diagnóstico. También se postula como una apuesta ética y como una herramienta valiosa para situarse en un tiempo por una “cultura terapéutica del yo” cada vez más extendida y gravosa (193). El enjundioso *Post-scriptum* que acompaña a esta edición e 2025, dedicado a Eva Illouz, se presenta como la necesaria puesta al día, tras más de veinte años, que aloja todos los procesos desplegados en las últimas décadas.

Para entender este complejo mapeado conviene atender previamente a dos tipos de consideraciones: conceptuales y metodológicas.

Para el análisis del individualismo contemporáneo se apuesta por los siguientes términos. “Subjetividad expresiva” en lugar de “individualismo”, “hedonismo” o “narcisismo”, sea por su carácter tópico y usado, que obtura las lecturas desde otro lugar, sea por su sobredeterminación valorativa, que vicia la mirada analítica (7). La noción de “expresiva” da cuenta además de un fenómeno complejo, que compromete una estetización de la vida cotidiana en un mundo que percibe vacío y que busca en su propia interioridad la autenticidad de sentimientos (9).

Frente a las tesis y enfoques de continuidad y ruptura, que o bien ven en esta subjetividad una variante o una secuela del Sujeto moderno, desencarnado y desvinculado de todo lo demás (12), o bien sólo perciben una ruptura con el troquel esencial de esa modernidad que sería el humanismo que, exaltando la diferencia, la singularidad, etc., del individuo, sólo rendiría en un relativismo desorientador (13). Frente a estas tesis, decimos, se trata de hacer valer la complementariedad de una subjetividad sin supuestos y una subjetividad expresiva, posición que superará el “estrecho cofre de la Historia de la filosofía”, ampliando el horizonte teórico a movimientos religiosos, artísticos o literarios, a prácticas sociales y a tecnologías de poder y formas de gubernamentalidad (19-20).

Las “semiologías del narcisismo” se ocupa de tres autores, que comparten el análisis de “una nueva estirpe de individualismo” atravesada por el vector común del “narcisismo”. Una identidad narcisista impide entender el mundo social como una esfera de relaciones interpersonales ajena al espacio de sentimientos y deseos del propio sujeto, que se proyectan en aquel y constituyen su medida. Esto arroja un saldo común, que es la experiencia del vacío, al percibirse que ese exterior social no corresponde a las expectativas del sujeto expresivo. Si bien sus análisis históricos son deficientes (básicamente consisten en cotejar la subjetividad ascética del capitalismo temprano con la subjetividad exultante del capitalismo tardío), su mapeado de fenómenos cotidianos que dan cuenta de ese nuevo yo narcisista es particularmente fecundo. En la crítica de estos diagnósticos se reconoce la necesidad de un apoyo o un “auxilio” de carácter ético, que el autor reconoce en las hermenéuticas de sí mismo de Charles Taylor y Paul Ricoeur.

Luego de tipificar el malestar del yo, derivado del desfundamiento ontológico del pensamiento ético contemporáneo (la desaparición de marcos de referencia fijos e indisponibles), postulando la necesidad de reconocer de nuevo las “fuentes morales” del yo moderno, Taylor mapea el yo expresivo contemporáneo

en tres modelos de identidad personal. El yo de la “razón desvinculada” que sostiene la ciencia moderna, atravesado por la racionalidad objetivo-instrumental. El “yo expresivo” romántico, que apunta a la conciliación entre espíritu y naturaleza. El “yo epifánico” de las vanguardias artísticas y literarias de los dos últimos siglos. Las tres identidades confluyen en lo que Taylor llama la “ideología de la realización personal”. Esta ideología cuestiona la falta de sentido de la sociedad industrial y tecnocrática, que se propone la autosatisfacción en el logro del bienestar psíquico personal y descubre en uno mismo lo que hay de particular e irreductible. Los manuales de autoayuda y la apelación a ese “crecimiento interior” y “poder interior” serían el epítome de esta subjetividad. Sin embargo, paradójicamente, este yo expresivo se compadece con la razón neutra e instrumental. No se reconoce en la tradición y cae en el cientifismo de las disciplinas “psi” de las que se va a ayudar en lo que Taylor llama “triumfo de lo terapéutico”. El problema del análisis de Taylor es que considera la cultura, primero como una realidad atravesada por el lenguaje de un modo que Vázquez no duda en calificar de “fetichismo”, sin comprender que la cultura no es tanto un reservorio de significados (de los que Taylor dispone *ad libitum*) como un conjunto de usos y de recursos distribuidos desigualmente. En segundo lugar, la propuesta de Taylor está sesgada por la idea (tomada de Tocqueville) de que el yo expresivo y su ideología de la autorrealización suponen la despolitización de las relaciones sociales.

El análisis de la hermenéutica de Ricoeur se centra básicamente en explicar la dimensión práctica de su modo de abordar el sujeto, mostrando que la ipseidad no se encuentra en la solidez inconclusa de un sujeto pensante sino en la “atestación”, en el reconocimiento como sujeto responsable de sus acciones (mediado lingüísticamente y construido narrativamente). El análisis del *ipse* devuelve un “Cogito quebrado” (en oposición a los modelos egológicos) atravesado por el “trípode de la pasividad-alteridad” que constituye el cuerpo, la experiencia del otro (hay una reciprocidad, la estima del otro es la estima propia, la amistad y la solicitud de la estima son constitutivas, no hay renuncia) y la experiencia de la llamada a la conciencia (hay una intencionalidad ética que llama a una “vida buena” basada en instituciones justas pero normativas). Respecto a las consecuencias para el yo expresivo, la reflexión de Ricoeur permite cuestionar y denunciar las “flaquezas éticas del yo expresivo y de la cultura terapéutica con él asociada” (63).

Las “nuevas sociologías” (Giddens, Beck y Bourdieu) introducen otras mediaciones que no son sólo el lenguaje o las tradiciones culturales. Concretamente, introducen las mediaciones de ciertos procesos materiales objetivos, que producen distintas y cambiantes figuras del yo. Giddens explica la constitución de una subjetividad que llama “yo reflejo” a partir de fuerzas dinamizadoras o potencias de la modernidad que trastocan los contextos o marcos de confianza premodernos: la separación del tiempo respecto del espacio, con un espacio deslocalizado y simultáneo que aleja al sujeto de sus vínculos con lo local, los mecanismos de desanclaje de lo social, que reducen las relaciones a términos abstractos como el dinero o cifran la fiabilidad a sistemas expertos opacos, y la reflexividad institucionalizada que, al no estar ya orientada por la tradición, supone una constante revisión crítica (76-7). Todo esto supone, respecto a la subjetividad producida un incremento de las crisis de identidad, el predominio de la “baja autoestima”, un reposicionamiento del cuerpo como enclave en el que determinar el estilo de vida, la “adicción” (incapacidad de adaptación a los cambios) como patología típica (81), etc. Sin embargo, esto no supone que el yo reflejo se distancie de los procesos colectivos o que renuncie a construir redes sociales sobre nuevas bases (Giddens postula una nueva forma de “politización”, vinculada a la vida) o que se vea sometido sin más al poder de los expertos. (83) Beck interpreta la modernidad tardía desde la constitución de una “sociedad de riesgo”. Una primera modernización, “simple”, supone la desaparición de los viejos marcos o cosmovisiones por el nuevo marco de la racionalidad científica. Una segunda modernización, que llama “reflexiva” porque ahora la modernidad no se enfrenta a ningún orden o realidad externa sino a sí misma y a sus propios resultados, rinde un nuevo tipo de sociedad en la que, primero, la Naturaleza finalmente domeñada (“socializada”) revela sus propios peligros y conflictos, convirtiéndose en una sociedad del riesgo (se pasa de una sociedad de distribución de las riquezas a una sociedad de distribución de los riesgos), y, segundo, rinde también un proceso de “individualización” acorde a esta, entendida como el proceso de construcción de la propia vida, proceso atravesado por la opcionalidad forzosa (101), por la autoconstrucción y por la personalización de los estilos de vida (la “Self-culture”)(105). Por último, Bourdieu se considera específicamente en relación a la cuestión de las clases. No desaparecen las clases heredadas, pero sí se produce una disolución y reconstrucción de sus identidades, en las que se engarzan los procesos de subjetivación apuntados por Beck y Giddens. La clase se constituye por la aglutinación de atributos objetivos e incorporados (*habitus*), en donde intervienen los distintos capitales (material, simbólico, académico, social, etc.), que son los que perfilan las nuevas subjetividades. Aparece una “nueva pequeña burguesía”, que presenta disposiciones hedonistas, higiénicas, antijerárquicas (125), etc., características de esa nueva subjetividad expresiva, que se encuentran en el mercado de servicios relacionados con la salud corporal, mental y espiritual.

En el capítulo dedicado a la genealogía del sujeto y del gobierno, Vázquez comienza con un completo repaso de los diagnósticos de Foucault sobre el sujeto, el presente y las nociones de gobierno y gubernamentalidad (hasta completar su exposición sobre la noción de “gobierno” en los cursos de

1977-1979). Dean trata de hacer una topografía *more foucaultiano* (completando y sistematizando reflexiones de Foucault) de las formas de gubernamentalidad liberal. El liberalismo clásico nace como la crítica al “gobierno disposicional” (ss. XVI a XVIII) que gestiona los recursos del territorio, sostenido por tres mecanismos rígidos e interrelacionados, la soberanía, la disciplina y la regulación. El “*éthos* crítico” liberal (154) se plantea como la tarea negativa de eliminar la presencia del Estado que obstaculice “el autogobierno espontáneo de los procesos sociales”, cuyo epítome en términos de subjetividad (equiparable a la Naturaleza) es el *homo oeconomicus*. El gobierno liberal progresa hacia otras fórmulas, la “procesual”, que desplaza la soberanía a la ciudadanía e introduce una subjetividad responsable, así como controles no liberales de los procesos biológicos y poblacionales (que se compadecen con el elemento disciplinario). Las fórmulas neoliberales avanzarán por su parte a un gobierno distanciado o ambiental, que Dean llama “gobierno reflexivo”, que interviene sobre el juego libre y competitivo del mercado, alumbrando una subjetividad autogestionada cuyo modelo es el del “empresario de uno mismo”, cuya vertiente ominosa es el “nuevo prudencialismo” que considera al individuo responsable de su propio sufrimiento. Rose, por su parte, aporta un acento original atacando el análisis de los lenguajes y de las técnicas “psi”. Frente a las tesis que consideran estos saberes y técnicas como una “ideología” que legitima los intereses de clase o como instrumentos de normalización y de control social, Rose postula que estas tecnologías más bien producen agentes y ámbitos de acción, nuevos tipos de subjetividad y de relación (169), hasta el punto de poder hablar de lo que Rose llama “generosidad psi” (170), que tiene vocación social, renunciando a los expertos y entregando a los propios ciudadanos el uso de sus herramientas y la dirección de sus vidas. El saldo de estas lecturas es cubrir un hueco en los planteamientos foucaultianos, centrados más en asegurar la libertad del individuo que en la responsabilidad y en la llamada del otro.

El post-scriptum se articula en tres partes, una metodológica, otra en la que analiza el yo expresivo tal y como se presenta en la obra de Illouz y una tercera en la que confronta ésta con las alternativas teóricas expuestas en el libro. Para no ser prolijos, nos ocuparemos sólo de las dos primeras. Metodológicamente, Illouz hace una “sociología hermenéutica”, que contempla los significados y las intenciones de los actores sociales que los manejan, atendiendo a su dimensión “pragmática” o performativa, como significados inscritos en una exterioridad, teñida además por las emociones (197-198). Este análisis se va a hacer sobre productos culturales como el show de Oprah o las citas amorosas. Sostiene además una cierta labor “crítica”, que no duda en llamar “impura”, que asume la diversidad de los productos culturales, así como la imposibilidad de totalizarlos y de reducirlos intencionalmente (introduce la posibilidad de la sorpresa). También, si se quiere, propone una crítica “inmanente” (204-205). En cuanto a los resultados, la exposición se organiza en torno a los perfiles del yo expresivo, primero, y del discurso terapéutico, después. La modernización reflexiva erosiona los fundamentos de una subjetividad con una identidad fuerte (sostenida por las fuentes comunales y tradicionales), forzando al giro hacia el propio yo y su vida emocional, que hace de la “autoestima” el epítome de esa nueva subjetividad. Esta subjetividad, en el análisis de Illouz, es producida por las relaciones entre el capitalismo y el amor romántico, donde la desaparición de los rituales del cortejo y su anclaje social e institucional estimula los valores hedonistas, mercantiliza el amor romántico y fragmenta las experiencias, que reduce al presente. Emerge un nuevo modo de subjetividad, “múltiple” e “implosionada”, resultado de la contradicción entre la relación entendida como placer explosivo y la relación como relación asegurada y sometida a cierto cálculo. Es un yo obligado a elegir y que, sin referencias tradicionales que le guíen, termina en múltiples formas de sufrimiento psíquico. Entra en juego entonces el discurso terapéutico para lidiar con estas contradicciones y los malestares concomitantes. En esta cultura del discurso terapéutico se engarzan distintos fenómenos como la creciente “cultura de la víctima”, debida a la universalización del “trauma” (216) o la figura de la “tecnopersona”, que se compadece con el universo digital de relaciones descorporeizadas. En cuanto a la implantación social del “proyecto psi”, la cultura terapéutica arroja el siguiente saldo: las fronteras entre la psicología profesional y la popular se vuelven porosas, implementándose la literatura de autoayuda o los shows televisivos como nuevos operadores.

Un libro oportuno y valioso para comprender esa nueva de subjetividad, nueva y pertinaz, sometida a cambios constantes, que es el yo expresivo.